



Prodigio

Arthur Byron Cover



www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#Prodigio

Colección: Tombooktu Asimov

www.asimov.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Prodigio*

Autor: © Arthur Byron Cover

Traducción: Miguel Giménez Sales

Traducción cedida por Editorial Molino

Edición original en lengua inglesa:

© Byron Preiss Visual Publications, Inc.

© Del prólogo: Nightfall, Inc.

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2012 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-18-5

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-447-6

ISBN Digital: 978-84-9967-448-3

Fecha de publicación: Diciembre 2012

Impreso en España

Imprime: Ulzama Digital

Maquetación: Alejandro Gómez-Cordobés Arderiu

Depósito legal: M-37052-2012

Índice

Leyes de la Robótica.....	9
El sentido del humor.....	11
I. ¿Puedes sentir algo cuando hago esto?.....	19
II. Movimiento sosegado.....	31
III. El Disyuntor.....	65
IV. Ariel y las hormigas.....	85
V. Olvidar... ¿O qué?.....	99
VI. El mundo de la comedia.....	119
VII. La memoria del amanecer.....	143
VIII. Ser... ¿O qué?.....	151
IX. La compañía tiene compañía.....	157
X. Todo cerca de Avery.....	161
XI. Sueños fuera de lugar.....	175
XII. La teoría del todo.....	179
XIII. Adiós a larga distancia.....	195
Las claves de Prodigio.....	199
Otros títulos de la colección.....	203

Leyes de la Robótica

1. Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daños.
2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la primera ley.
3. Un robot ha de proteger su existencia, siempre que dicha protección no entre en conflicto con la primera o la segunda ley.

El sentido del humor

Isaac Asimov

¿Puede un robot desear ser un humano?

Tal vez sea posible responder a esta pregunta con una contrapregunta: ¿Puede un Chevrolet desear ser un Cadillac?

La contrapregunta provocará el comentario de que una máquina no tiene deseos.

Sin embargo, lo más interesante es que un robot no es una verdadera máquina, al menos en potencia. Un robot es una máquina construida lo más semejante a un ser humano, y puede haber incluso, entre ambos, una frontera quizás fácil de cruzar.

Esto podemos aplicarlo a la vida. Una lombriz no desea ser una serpiente; un hipopótamo no anhela ser un elefante. No tenemos motivos para pensar que tales criaturas sean autoconscientes y sueñen en ser algo más de lo que son. Los chimpancés y los gorilas parecen ser autoconscientes, mas no tenemos motivos para pensar que deseen ser humanos.

Un ser humano, no obstante, sueña en una vida posterior y desea convertirse en un ángel. En algún lugar, en algún momento, la vida atravesó una frontera. En algún momento, se desarrolló una especie que no sólo tenía conciencia de sí misma, sino que tuvo capacidad para sentirse insatisfecha.

Tal vez cruzaremos una frontera similar algún día en la fabricación de robots.

Pero si concedemos que un robot podrá algún día aspirar a la humanidad, ¿de qué modo aspirará a tal deseo? Podría

anhelar la posesión del estado legal y social con el que nacen los seres humanos. Este es el tema de mi historia *El hombre bicentenario* (1976) y, en la búsqueda de tal estado, mi protagonista robot está deseoso de ir despojándose de todas sus cualidades robóticas, una a una, para tener derecho a la inmortalidad.

Esta historia, sin embargo, es más filosófica que realista. ¿Existe algún ser humano al que un robot pueda envidiar realmente? ¿Qué podemos decir de las características físicas o mentales de un humano? Ningún robot sensible envidiaría la fragilidad humana, o la incapacidad humana para resistir los cambios tenues de clima, o la necesidad humana de dormir, o la aptitud de cometer triviales errores, o la tendencia a las enfermedades contagiosas, infecciosas o degenerativas, o la incapacidad debida a las ilógicas tormentas de la emoción.

Podría, con mayor propiedad, envidiar la capacidad humana para la amistad y el amor, su inmensa curiosidad, su ansia de poseer experiencia. De todos modos, me gustaría sugerir que un robot que deseara ser humano descubriría que lo que más desea entender, y lo que menos entendería, es el *sentido del humor* del ser humano.

El sentido del humor no es universal entre los humanos, a pesar de existir en todas las culturas. He conocido personas que jamás ríen, y que le miran a uno intrigadas o incluso desdeñosas si se pretende ser bromista. No necesito más que hablar de mi padre, quien rutinariamente se encogía de hombros ante mis agudezas, por considerarlas poco dignas de un hombre serio. (Por suerte, mi madre reía todos mis chistes sin ninguna inhibición; de lo contrario, yo me habría criado emocionalmente enano).

Lo más curioso acerca del sentido del humor, no obstante, es que, por lo que he observado, ningún ser humano admitirá que no lo tiene. Las personas pueden admitir que odian a los perros y que no les gustan los niños, que son capaces de engañar a Hacienda, o también a sus cónyuges, y tal vez no pongan objeción al hecho de ser inhumanos o deshonestos, mediante el simple expediente de cambiar los adjetivos, llamándose a sí mismos realistas o negociantes.

Sin embargo, acusables de carecer del sentido del humor y lo negarán acaloradamente, por muy clara y abierta que sea tal carencia. Mi padre, por ejemplo, siempre mantuvo que poseía un agudo sentido del humor, y que lo demostraba tan pronto como escuchaba un chiste, riendo más y mejor que ninguno (aunque, según mi experiencia, nunca lo hizo).

¿Por qué, entonces, la gente niega que le falte el humor? Tengo la teoría de que la gente reconoce (subliminalmente, o incluso abiertamente) que el sentido del humor es típicamente humano, más que cualquier otra característica, y se niega a quedar rebajada a una subhumanidad.

Sólo una vez traté del sentido del humor en una historia de ciencia ficción, y esto fue en *Jokester*, que apareció en el ejemplar de diciembre de 1956, de *Infinity Science Fiction*, y que después se reeditó en mi colección *Lo mejor de la ciencia ficción de Isaac Asimov* (Doubleday, 1986).

El protagonista de la historia pasa el tiempo contando chistes a un ordenador (puse seis en el curso de la historia). Un ordenador, claro está, es un robot inmóvil (o, lo que es igual: un robot es un ordenador móvil), de manera que la historia trata de robots y chistes. Por desgracia, el problema de la historia para el que busqué una solución no era la naturaleza del humor, sino la fuente de todos los chistes que uno oye. Y para esto también hay una respuesta... aunque el lector tiene que leer el relato para averiguarla.

Sea como sea, yo no escribo sólo ciencia ficción. Escribo todo lo que pasa por mi cabeza de escritor, y, gracias a una inmerecida racha de buena suerte, mis diversos editores tienen la impresión de que es ilegal no publicar los manuscritos que les entrego. (Podéis estar seguros de que jamás les sacaré de ese engaño).

Así, cuando decidí escribir un libro de chistes, lo hice, y Houghton-Mifflin lo publicó en 1971 con el título de *El tesoro de humor de Isaac Asimov*. En ese libro contaba 640 chistes que forman parte de mi repertorio. (Y me quedan los suficientes para una continuación que se titulará *Isaac Asimov ríe de nuevo*, pero que no consigo escribir, por más que me siente ante la máquina y por muy deprisa que maneje las teclas). Entremezclé esos chistes

con mis teorías referentes a lo que es gracioso y a cómo es posible que una cosa divertida pueda serlo más.

Porque lo cierto es que hay tantas teorías acerca del humor como individuos que escriben sobre este tema. Y ni siquiera hay dos teorías iguales. Unas, naturalmente, son más estúpidas que otras, por lo que no me siento embarazado en modo alguno al añadir mis propias ideas sobre el tema a la montaña general de comentarios acerca del mismo.

Creo firmemente, para resumirlo, que el ingrediente necesario para todos los chistes es una súbita alteración del punto de vista. Cuanto más radical sea la alteración, cuanto más súbita sea, cuanto más rápida sea captada y comprendida, mayor será la carcajada y el regocijo.

Permitid que os muestre un ejemplo con un chiste de mi propia cosecha.

Jim entra en un bar y encuentra a su mejor amigo, Bill, sentado a una mesa, con un vaso de cerveza en la mano y una expresión muy solemne en el rostro.

Jim se sienta a la mesa y le pregunta, con simpatía:

—¿Qué te sucede, Bill?

Bill suspira y contesta:

—Mi esposa huyó ayer con mi mejor amigo.

—¿Qué estás diciendo, Bill? —exclama Jim, con voz estrangulada—. Yo soy tu mejor amigo.

A lo que Bill responde, con complacencia:

—Ahora ya no.

Creo que el lector habrá comprendido el cambio del punto de vista. La suposición natural es que el pobre Bill está sumido en la desesperación por la trágica pérdida de su esposa. Es sólo por las tres últimas palabras que uno comprende de repente que, en realidad, Bill está encantado. Y el macho humano es lo suficientemente ambivalente acerca de su esposa (por mucho que la ame) para recibir este cambio de punto de vista con especial deleite.

Ahora bien, si se diseña un robot cuyo cerebro ha de responder sólo a la lógica (¿y qué utilidad tendría un cerebro robótico de otra clase, cuando los humanos sólo desean emplear

a los robots para sus propósitos?), le resultaría difícilísimo entender ese punto de vista.

Ello implicaría, en primer lugar, que las reglas de la lógica son básicamente erróneas, o que pueden ser flexibles, cuando realmente no es así. Además, sería peligroso darle cierta ambivalencia a un cerebro robótico. Lo que deseamos de él es decisión y no un «ser o no ser» al estilo de Hamlet.

Imaginemos que se le cuenta a un robot el chiste anterior e imaginemos que el robot os mira solemnemente, después de escucharlo, y que os interroga de este modo:

Robot: ¿Por qué Jim no es ya el mejor amigo de Bill? No has dicho que Jim hiciese algo que indispusiese a Bill contra él.

Tú: Bien, no, no es que Jim haya hecho algo malo. Es que otra persona le ha hecho a Bill algo tan maravilloso que, a juicio de este, ha superado a Jim y se ha convertido en un momento en su mejor amigo.

Robot: ¿Y quién ha hecho tal cosa?

Tú: El hombre que ha huido con la mujer de Bill, claro.

Robot (tras una pausa meditativa): Esto es imposible. Bill debía sentir un profundo afecto hacia su mujer y un gran pesar por su abandono. ¿No es eso lo que los machos humanos sienten por sus esposas, y no es así como reaccionan ante su pérdida?

Tú: En teoría, sí. Sin embargo, resulta que a Bill le desagradaba su esposa, y está contento porque alguien se la haya llevado.

Robot (tras otra pausa meditativa): Pero tú no dijiste eso.

Tú: Lo sé. Y ahí reside la gracia. Te conduje en una dirección y, de repente, te hice saber que esa dirección era equivocada.

Robot: ¿Es gracioso confundir a una persona?

Tú (ya rindiéndote): Bueno, sigamos jugando la partida de ajedrez.

En efecto, algunos chistes dependen solamente de las respuestas ilógicas de los seres humanos. Consideremos estas:

El inveterado apostador a la carreras de caballos hizo una pausa, antes de ponerse en la cola ante la ventanilla de apuestas, y rezó ferviente a su Hacedor. —Dios bendito —murmuró, con una tremenda sinceridad—, sé que no apruebas que juegue, pero sólo por esta vez, Señor mío, sólo por esta vez, déjame que por lo menos haga las paces. ¡Necesito el dinero...!

Si uno fuese tan necio como para contarle este chiste a un robot, este diría inmediatamente:

—Pero hacer las paces significa irse del hipódromo con la misma cantidad de dinero con la que entró, ¿no es cierto?

—Sí, eso es.

—Entonces, si tanto necesita el dinero, lo que debe hacer es no apostar, para quedar como si hiciera las paces.

—Sí, pero también tiene la injustificada necesidad de jugar.

—¿Aunque pierda?

—Sí.

—¡Esto no tiene sentido!

—Pero el meollo del chiste estriba en que el jugador no entiende esto.

—¿Quieres decir que es gracioso que una persona no posea el menor sentido de la lógica ni tenga siquiera la menor conciencia de ello?

¿Y qué puede hacer uno, ante esta pregunta, sino continuar con la partida de ajedrez?

Y decidme: ¿es esto tan diferente de estar tratando con un ser humano que carece ordinariamente del sentido del humor? En cierta ocasión le conté este chiste a mi padre:

La señora Jones, la patrona, se despertó en medio de la noche porque oía unos ruidos extraños delante de su puerta. Se asomó y allí estaba Robinson, uno

de sus huéspedes, obligando a un caballo asustado a subir por la escalera.

—¿Qué está haciendo, señor Robinson? —gritó ella.

—Llevando este caballo al cuarto de baño —fue la respuesta.

—¡Oh, Dios Santo! ¿Por qué?

—Bueno, el amigo Higginbotham es un tipo muy listo. Siempre que le cuento algo, responde: «Lo sé, lo sé» con un tono lleno de superioridad. Bien, por la mañana, él entrará en el cuarto de baño y saldrá chillando: «¡Hay un caballo en el baño!», y yo bostezaré y le contestaré: «Lo sé, lo sé...».

¿Y cuál fue la respuesta de mi padre?

—Isaac, Isaac... tú eres un chico de ciudad y no lo entiendes. No se puede obligar a un caballo a que suba por una escalera, si no quiere subirla.

Personalmente, opino que esto fue más gracioso que el chiste.

De todos modos, no sé por qué tenemos que desear que un robot posea el sentido del humor, pero lo cierto es que un robot puede desearlo... y, entonces, ¿cómo se lo damos?



Isaac Asimov

I

¿Puedes sentir algo cuando hago esto?

—Mandelbrot, ¿qué se siente siendo un robot?

—Perdóname, máster Derec, pero esta pregunta no tiene sentido. Aunque sea cierto que los robots pueden experimentar sensaciones vagamente análogas en algunos aspectos a las específicas emociones humanas, carecemos de sentimientos en el sentido exacto de la palabra.

—Lo siento, viejo amigo, pero creo que me estás engañando.

—Esto sería imposible. Los verdaderos fundamentos del programa positrónico insisten en que los robots, invariablemente, expresen los hechos de manera exacta.

—Vamos, vamos, ¿no crees posible que las diferencias entre la percepción humana y la robótica puedan ser un problema de semántica? Estarás de acuerdo, ¿verdad?, en que muchas emociones humanas son simplemente los subproductos de las reacciones químicas que finalmente afectan a la mente, influyen en los cambios de humor y en las percepciones... Debes admitir que los humanos no son nada, si no disponen de sus cuerpos.

—Esto ha quedado demostrado, al menos a satisfacción de autoridades muy respetables.

—Entonces, por analogía, tus sensaciones no son más que subproductos de unos circuitos que funcionan perfectamente y del ensamblaje de una máquina. Una nave espacial

puede sentir lo mismo cuando sus diversas partes funcionan con la máxima eficiencia y se adentra en el hiperespacio. La única diferencia entre tú y una nave, supongo, es que tú posees una mente que percibe precisamente dicha diferencia.

Mandelbrot no respondió, preocupados sus circuitos en deslindar en su memoria las proposiciones de Derec sobre esos asuntos en diversas categorías.

—Nunca había analizado el problema de esta manera, máster Derec —confesó al fin—. Pero opino que, en muchos aspectos, la comparación entre humano y robot, y entre robot y nave espacial, puede ser tremendamente apta.

—Mirémoslo de este modo, Mandelbrot. Como humano, yo soy una forma de vida basada en el carbono, el resultado superior de eones de evolución de formas de vida biológicamente inferiores. Sé lo que eso significa porque tengo una mente que percibe el abismo existente entre el hombre y otras especies de vida animal. Y, haciendo una comparación cuidadosa y selectiva, puedo imaginarme, aunque sea mínimamente, lo que podría experimentar una forma de vida más inferior al abrirse paso a través de la luz. Además, yo puedo comunicar a los otros lo que creo que siente.

—Mis circuitos lógicos pueden aceptar esto.

—De acuerdo, pues. Mediante la analogía, la metáfora o a través de una historia, yo puedo explicarles a los demás lo que un gusano, una rata, un gato o incluso un dinosaurio deben sentir cuando atrapan comida, se disponen a dormir, huelen las flores o cualquier otra cosa que hagan.

—Jamás he visto a una de esas criaturas y, ciertamente, no puedo saber qué se siente siendo una de ellas.

—Ah, pero sí podrías saber, por medio de una apropiada analogía, cómo debe sentirse una nave espacial.

—Es posible, pero no me han proporcionado el programa necesario para obtener esta información. Además, no veo cómo este conocimiento podría ayudarme a cumplir las normas de conducta implícitas en las tres leyes de la Robótica.

—Pero fuiste programado para obtener esa información, y tu cuerpo a menudo reacciona de acuerdo con dicha programación, aunque a veces adversamente, respecto a tus percepciones.

—¿Hablas teóricamente?

—Sí.

—¿Me estás presentando formalmente un problema?

—Sí.

—Naturalmente, debo hacer cuanto pueda por complacerte, Derec, pero mi curiosidad y mis circuitos lógicos sólo se hallan equipados para tratar cierta clase de problemas. El que ahora me presentas puede resultar demasiado subjetivo para mis potenciales programados.

—¿No se trata de una lógica abstracta y, por tanto, un poco subjetiva, al menos en su abordamiento? Debes conceder que, aunque estemos mutuamente de acuerdo en los senderos de la lógica, y precisamente a través de los mismos, puedes utilizar el conocimiento exacto de dos hechos irrefutables para conocer un tercero, igualmente irrefutable.

—Claro.

—Entonces, ¿no puedes usar tal lógica para razonar y saber lo que siente una nave espacial o cualquier otra pieza de una maquinaria suficientemente avanzada?

—Si lo planteas de esta manera, sí, pero lo que no entiendo es qué beneficio me aportaría tal cosa... ni a ti tampoco.

Derec se encogió de hombros. Era de noche en Robot City. Él y Mandelbrot habían salido a pasear. Derec experimentaba la necesidad de estirar los músculos tras un largo día estudiando algunos de los problemas que impedían su huida de este planeta tan aislado. Por el momento, ambos se hallaban sentados en lo alto de una torre rectangular, contemplando las estrellas

—Oh, ignoro si ello aportaría algún beneficio, salvo quizá satisfacer mi curiosidad. A mí me parece que debes tener alguna idea de lo que es ser un robot, aunque carezcas de los medios para expresarlo.

—Este conocimiento requeriría un lenguaje y tal lenguaje todavía no se ha inventado.

—Huuuummm... lo supongo.

—Sin embargo, acabo de hacer una asociación que puede tener algún valor.

—¿Cuál?

—Cuando tú o mistress Ariel no tenéis necesidad de mi ayuda, suelo ponerme en comunicación con los robots de esta ciudad. No les preocupa saber qué se siente siendo un robot, pero sí han dedicado una tremenda cantidad de energía al dilema de lo que debe sentir un humano.

—Sí, en cierto modo, esto tiene sentido. El objetivo robótico de determinar las leyes de la Humánica siempre me ha parecido un fenómeno único.

—Tal vez no lo sea, máster Derec. Al fin y al cabo, si me permites recordártelo, tú no recuerdas más que las experiencias de las últimas semanas, y mis conocimientos de historia son más bien limitados. Aún así, jamás habría pensado en realizar las conexiones que tú haces, y que conducen a mis circuitos a la conclusión de que tu subconsciente dirige nuestra charla, con el fin de lograr alguna orientación para resolver tu mayor problema.

Derec rio con cierta inquietud. Esto no lo había pensado nunca. Era extraño que sí lo hubiese pensado un robot.

—¿Mi subconsciente? Tal vez. Supongo que pienso que, si consigo entender mejor el mundo en que vivo, acabaré por entenderme mejor a mí mismo.

—Creo que actúo de acuerdo con las tres leyes si ayudo a un humano a conocerse mejor. Por este motivo, mis circuitos zumban continuamente con una sensación que tú definirías como placer.

—Lo cual es estupendo. Y ahora, perdóname, pero me gustaría estar solo.

Por un momento, Derec experimentó una punzada de ansiedad y temió estar insultando a Mandelbrot, un robot que, después de todo lo que habían pasado juntos, debía considerar como un buen amigo.

Pero si Mandelbrot se había enojado no lo dio a entender. Como siempre, era inescrutable.

—Oh, claro. Aguardaré en el vestíbulo.

Derec vio cómo Mandelbrot se iba hacia el ascensor y descendía lentamente. Claro que Mandelbrot no estaba enojado. Era imposible que se sintiera insultado.

Cruzando las piernas para estar más cómodo, Derec volvió a contemplar las estrellas y el paisaje de la ciudad extendido ante

él y más allá, pero sus pensamientos continuaron bullendo en su interior. Normalmente, no pertenecía al tipo meditativo, pero esta noche se sentía triste, y se entregaba fácilmente a la inseguridad y ansiedad que normalmente reprimía mientras intentaba solucionar sus diversos problemas más lógicamente.

Sonrió ante esta comprobación de lo que sentía. Quizá se tomaba demasiado en serio a sí mismo, como resultado de haber leído últimamente demasiado a Shakespeare. Había descubierto las obras del antiguo «Bardo inmortal» como un medio de escape mental, de relajación. Y ahora aprendía que, cuanto más profundizaba en aquellos textos, más conocía respecto a sí mismo. Era como si los sucesos y los personajes retratados en dichas obras le hablaran directamente y tuviesen un significado inmediato en la situación en la que se había hallado al despertar, falto de memoria, en aquella cápsula de supervivencia, no hacía mucho tiempo.

Se preguntaba por qué aquellas obras influían tanto en él. Era como si, a través de ellas, empezase a definirse de nuevo.

Volvió a encogerse de hombros y volvió a mirar a las estrellas. No las miraba solamente para analizarlas en busca de una pista, o con el fin de saber en dónde estaba ubicado el mundo en que se hallaba, sino también para interrogarlas, como creía que habían hecho innumerables hombres y mujeres en el transcurso de la historia. Trató de imaginarse cómo habrían mirado las estrellas los hombres de la época de Shakespeare, antes de que la humanidad supiera qué era en realidad el universo, dónde estaba la Tierra en relación con él mismo, o cómo fabricar un impulsor hiperespacial. Sus mentes analizadoras, pero científicamente ignorantes, debían de haber percibido en las estrellas una belleza heladamente salvaje, más allá del alcance de su empatía¹.

Una estrella de aquel cielo tal vez fuese el sol de su mundo natal. Allí fuera, pensó, alguien conocía las respuestas a sus

¹ N. del T.: «empatía» es la actitud de un ser hacia otro, caracterizada por el esfuerzo de comprensión que excluye la influencia de inclinaciones personales (antipatía o simpatía) y de los juicios morales.

preguntas; alguien que sabía quién era él realmente y cómo había llegado a aquella cápsula de supervivencia.

A sus pies se extendía la ciudad de las torres, las pirámides, los cubos, las espirales y los tetraedros, algunos de los cuales, mientras los miraba, iban cambiando de acuerdo con el programa de la ciudad. De vez en cuando, algunos robots, ayudando con su actividad a las alteraciones y adiciones, se deslizaban bajo los destellos de la luz estelar reflejada a su vez por los muros de la ciudad. Los robots nunca dormían, la ciudad nunca dormía. Cambiaba constantemente, imprevisiblemente.

La ciudad era como un robot gigantesco, compuesto por millones y millones de células metálicas, que funcionaran de acuerdo con la acción y reacción de los núcleos codificados del ADN. Aunque formada por materia inorgánica, la ciudad era una cosa viva, el triunfo de un diseño filosófico que Derec llamaba «ingeniería minimalista».

Derec se había sentido parcialmente inspirado para subir a lo alto de esta torre, a través de una puerta y un ascensor que aparecieron cuando los necesitó, precisamente porque su estructura básica, enroscada como una serpiente, desde la calle le había parecido una gigantesca cinta, siempre en crecimiento. Y una vez la cinta había alcanzado la altura preordenada, las células se habían enlazado para formar una estructura sólida. Tal vez también se hubiesen multiplicado.

Dos torres situadas directamente frente a él se fundieron y se hundieron en la calle, como cayendo en un enorme pozo. A un kilómetro a su derecha, una serie de edificios de distintas alturas se tornaban gradualmente uniformes, para luego fundirse en una sola construcción, muy vasta y cuadrada. Así se quedó aproximadamente unos tres minutos y, después, metódicamente, empezó a metamorfosearse en una fila de cristales.

Unos días antes, esta visión le habría inspirado una sensación de asombro. Ahora era una cosa normal. No era extraño que hubiera querido divertirse con lo que había pensado que era una ligera distracción mental.

De pronto, apareció un tremendo resplandor en la neblina de la ciudad. Derec se tapó los ojos, presa de pánico, suponiendo que era una explosión.

Pero, a medida que transcurrían los segundos y el resplandor continuaba allí, se dio cuenta de que su presencia no había ido acompañada por ningún ruido ni sensación de violencia. Fuese cual fuese su naturaleza, su presencia parecía deberse a la presión de un pulsador.

Recobrando un poco su autocontrol, Derec apartó lentamente los dedos de sus ojos y aventuró una ojeada. El resplandor se estaba transformando en una serie de colores fácilmente definibles, con diversos matices carmesí, ocre y azul. Los colores cambiaban a medida que cambiaba la pirámide tetragonal de la que surgían.

La pirámide estaba situada cerca del límite de la ciudad. La construcción, de ocho lados, se hallaba precisamente equilibrada sobre la estrecha punta de su vértice y giraba como un trompo, lentamente. Desde el lugar donde estaba Derec, parecía una enorme joyel, gracias a las luces brillantes que cambiaban constantemente.

Al contemplar aquella visión, sintió que, de modo gradual, iban desapareciendo sus ansiedades. Sus problemas parecían reducirse a algo insignificante, en comparación con el esplendor de aquellas luces. ¡De cuánta belleza era capaz esta ciudad!

Muy pronto, no obstante, la sensación de calma se vio destruida por su creciente curiosidad, por la necesidad de saber más sobre aquel fenómeno, una necesidad que rápidamente llegó a ser abrumadora, terriblemente acuciante. Tenía que examinar aquel edificio de cerca y después regresar a su «cubil», donde tenía sus terminales de acceso, y sumirse en el estudio de la misteriosa programación de la ciudad.

Como las obras de Shakespeare, la extraña estructura parecía un lugar magnífico para un escape temporal. Además, quizás descubriría algo que les ayudaría a él y a Ariel a salir de tan demencial planeta.

—¡Conque estás aquí! —exclamó una voz muy conocida a sus espaldas—. ¿Qué estás haciendo?

Al levantar la vista, divisó a Ariel mirándole, con las piernas separadas y las manos en las caderas. La brisa le ponía mechones de su cabellera en la nariz y los ojos. En sus pupilas se veía una expresión maliciosa. De repente, se olvidó de la

ciudad y se puso a contemplar en cambio a la joven. Su inesperada aparición casi había dejado a Derec sin aliento. Tenía que recobrar la serenidad.

«De acuerdo —se dijo—, no es sólo su presencia; es ella, es todo lo que la rodea...».

—Hola. Precisamente pensaba en ti —consiguió articular Derec con una nota falsa en su voz, demasiado obvia, al menos para él.

—Embustero —replicó ella, con sarcasmo y cariño a la vez—. Pero no importa. También yo deseaba verte.

—¿Has observado aquel edificio?

—Naturalmente. Llevo aquí ya algunos instantes, mientras tú estabas como alelado. Es asombroso, ¿verdad? Estoy segura de que ya has pensado en analizarlo.

—Oh, sí. ¿Y cómo me has encontrado? —quiso saber el joven.

—Wolruf te husmeó. Ella y Mandelbrot esperan abajo.

—¿Qué hace Wolruf aquí? ¿Por qué se ha quedado abajo?

—No le gusta el aire de aquí arriba. Dice que le hace añorar los campos silvestres en estas frías noches otoñales.

Ariel se sentó al lado de Derec. Se inclinó hacia atrás sosteniéndose con las palmas de sus manos. Los dedos de la mano derecha casi tocaban los de Derec.

El joven se dio cuenta del calor que desprendían aquellos dedos delicados. Deseaba mover la mano los dos centímetros que le permitirían tocarlos. En cambio, se apoyó en los codos y pegó las manos a sus costados.

—Ante todo: ¿qué haces aquí arriba? —inquirió ella.

—Me relajo.

—¿Sí?

El momento de silencio entre ambos fue decididamente enervante. Ariel parpadeó y luego miró hacia el edificio en rotación.

Durante aquel instante, los pensamientos de Derec se barajaron como las cartas y estuvo a punto de soltar muchas cosas. Pero al final decidió no comprometerse.

—Sí, deseaba olvidarme un poco de los problemas.

—Magnífico. Resulta saludable dejar de preocuparse durante algún tiempo. ¿Ya has imaginado la manera de largarnos de aquí?

—No, pero debes admitir que nuestra estancia aquí no es tan mala como alguna de las dificultades en que nos hemos visto.

—Por favor, ahora no quiero acordarme de los hospitales. Si veo otro robot de diagnósticos, será demasiado para mí.

—Pero será mucho peor si no lo ves —exclamó Derec, aunque inmediatamente se arrepintió de sus palabras.

—¿Por qué? —preguntó Ariel, con el rostro congestionado por la cólera—. ¿Porque sufro una enfermedad que me va volviendo loca lentamente?

—Oh... pues sí, por ejemplo.

—Muy gracioso, señor Normal. ¿No se te ha ocurrido pensar que puede gustarme esa enfermedad, que puedo preferir la forma en que mi mente funciona ahora a como lo hacía durante la época en que estaba «sana»?

—Hum... no, no se me ha ocurrido, ni creo que se te haya ocurrido a ti. Oye, Ariel, sólo intentaba ser gracioso. No pretendía ofenderte, ni siquiera sacar a relucir ese tema. Bueno, las palabras salieron sin querer.

—¿Por qué será que no me ha sorprendido?

Ariel se apartó de él, tras encogerse de hombros.

—Yo deseo que te encuentres bien. Estoy preocupado por ti.

La joven se enjugó la cara y la frente. ¿Estaría sudando? Derec no lo veía en la oscuridad.

—Escucha, has de comprender que últimamente he tenido serias dificultades para mantener centradas mis ideas —observó ella—. No siempre es tan malo. Es algo que va y viene. Pese a lo cual, a veces siento como si alguien me sacara el cerebro de la cabeza con unas tenazas. Acabo de superar uno de esos momentos.

—Lo siento, no lo sabía.

De repente, Derec sintió como si también su corazón lo hubiesen sujetado con unas tenazas. Los centímetros que les separaban parecían un abismo insalvable. Se preguntó si no estaría también loco, para desear cruzar dicho abismo y estrecharla entre sus brazos. También se preguntó si ella se relajaría cuando él le obligara a apoyar la cabeza en su pecho.

Decidió cambiar de tema, esperando esquivar también el otro tema que no habían tratado.

—Bueno, aunque todavía ignoro mi identidad, creo que he logrado averiguar muchas cosas de mí mismo desde que me desperté en aquella instalación minera. He descubierto que poseo buenos instintos. Especialmente, al ser capaz de decidir quiénes son mis amigos.

—¿Sí?

—Sí. Y tras la debida consideración, he llegado a la conclusión de que tú eres uno de ellos.

—¿Sí? —sonrió Ariel—. ¿Lo crees de veras?

Derec le devolvió la sonrisa.

—Eso es algo que yo sé y que tú debes comprobar.

—Bueno, puedo vivir con esto —Ariel frunció los labios—. Dime, señor Genio, ¿cómo encaja ese edificio en el programa de esta ciudad?

—No lo sé. Es una anomalía.

—¿Cómo se llama su forma?

—Pirámide tetragonal.

—Pues a mí me parecen dos pirámides juntas.

—Por esto se llama tetragonal.

—Fíjate en la forma en que brilla, en cómo relucen sus colores. ¿Crees que el responsable es el doctor Avery? Es el responsable de todo lo demás...

—Si te refieres a si planeó algo así, no estoy seguro de saberlo.

—Pues esta sí que es una respuesta directa —exclamó ella, sarcásticamente.

—Perdona, no intento ser oscuro. Quiero decir que esa estructura podría estar implícita en el programa, al menos hasta cierto punto, pero ignoro si Avery lo sabía cuando puso la ciudad en movimiento.

—Si tuvieras que hacer una suposición...

—Diría que no. He estudiado bastante bien la propagación del sistema central de ordenadores, para no mencionar las células de la ciudad y de diversos robots, y en realidad no he visto nada que sugiera algo semejante..., aunque supongo que es posible.

—Te has fijado en que los matices del plano carmesí dan la ilusión de profundidad, como capas de lava cristalizadas? ¿Y que el plano azul se parece al cielo de Aurora?

—Lo siento, pero no recuerdo haber visto lava, y tengo sólo un recuerdo muy vago del cielo de Aurora.

—Oh, ahora soy yo la que debe lamentar haber hablado demasiado.

—Olvídalo. Vamos allá. Ese edificio probablemente resultará más bello visto de cerca.

—¡Seguro! Pero, ¿y Wolruf y Mandelbrot? Wolruf tal vez se muestre impresionada, pero no comprendo de qué modo un robot como Mandelbrot puede ver aumentada su curiosidad integral reforzada con algo que su programación no le ha preparado para apreciar.

—No te dejes engañar —Derec sacudió la cabeza—. Si mis sospechas son correctas, Mandelbrot es un robot personalmente responsable. Y me interesa averiguar hasta qué punto. Y si a mí me interesa, también le interesa a Mandelbrot.

—Entiendo. Indudablemente, has pasado horas con él, tratando de dilucidar algún detalle oscuro e insignificante, en vez de imaginar la manera de salir de aquí. ¿No te has cansado aún de los robots? —añadió Ariel, burlonamente.

Derec comprendió que aquel súbito cambio de humor no era culpa de ella, pero no pudo abstenerse de decir lo que sentía.

—«Ya veo que no era descarada, sino modesta como una paloma...; y no ardiente, sino atemperada como la mañana».

Ante su sorpresa, Ariel se echó a reír.

Y a su pesar, Derec se sintió insultado. Había querido que el chiste fuese sólo suyo.

—¿Qué hay de gracioso en esto?

—Qué esto es de *La fierecilla domada*. Leí la comedia anoche y, cuando llegué a esas líneas, me pregunté en voz alta si alguna vez me las dirías.

Derec se sentía ya decididamente consternado.

—¿Quieres decir que también lees a Shakespeare?

—¿Acaso puedo hacer otra cosa? Estuviste dejando papeles de impresora por todas partes. Bien, vamos a bajar. Sé donde hay un par de motocicletas veloces, esperando a que las utilicemos.